

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *Política Colonial*. Instituto de Cultura Hispánica. Madrid, 1953; 800 págs.

Es curioso ver cómo en la política internacional hay con frecuencia un contraste de clarooscuro que proyecta bruscamente la luz de la atención sobre algunos sectores dejando otros en sombra, y cómo la selección no está siempre determinada por el mayor o menor interés de las cuestiones, sino por el ruido que éstas hacen en la actualidad, o por la intervención que en ellas tengan las grandes potencias del momento. Sin embargo, puede ocurrir que entre las cuestiones en sombra queden algunas de las que en realidad han de ser más esenciales por sus consecuencias humanas y ante el proceso de la Historia. Entre éstas destaca desde luego la de la transformación e incluso la desaparición de los sistemas coloniales de países, territorios y otras zonas dependientes.

Sobre el tema esencialísimo de la evolución y cambios de lo colonial faltaba hasta ahora una visión de conjunto que lo presentase objetivamente. Existían desde luego muchos y muy diversos tratados dedicados a Derecho colonial, Política colonial, Teoría de la colonización, etc. (especialmente publicados en idiomas que como el francés y el inglés corresponden a países de gran extensión colonial actual), pero la mayor parte de las veces dichas obras son representativas de determinadas ideologías. Otras veces, en cambio, corresponden a normas estrictamente científicas, pero con una aplicación pragmática de consagración a determinados repertorios de temas concretos. Siempre quedaba el sitio en que podía venir a colocarse una obra generalmente informativa que abarcase todo el espacio de lo colonial, con la finalidad de esa misma información y el cuidado de la claridad expositiva. Dicho sitio lo llena desde ahora el oportuno, oportunísimo, libro del señor Cordero Torres.

Tiene ante todo este libro dos aspectos generales referidos a su

nacionalidad y su autor, que desde la primera página se destacan en el texto del prólogo, escrito por el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo. Respecto a lo primero, porque «la publicación en España de un tratado de Política colonial tiene un valor y un alcance que exceden de la utilidad que comporta una nueva lectura», pues España fué «decana de la colonización y alumbró ya en 1647 la primera y una de las más monumentales obras que se han escrito sobre la materia». Respecto al autor, en el prólogo se indica cómo es un caso extraordinario de vocación para tales estudios, y se destaca lo significativo que resulta el hecho de dedicar la primera parte de su obra a los problemas morales de la colonización, los cuales siguen siendo primordiales, pues la colonización debe ser ante todo una completa relación moral de derechos y deberes correlativos. Y es muy característico que a pesar de esta altura de la teoría colonial no trate el autor de extraer consecuencias que pudiesen tender hacia la pretensión de conseguir en la exposición el aparato de una ciencia que pretendiese ser exacta. Sino que al contrario, sostiene el carácter flúido viviente y evolutivo de la obra no deseando de los lectores sino comprensión, benevolente interés y aprovechamiento de las indicaciones.

El punto de partida es el concepto completo previo y total de la colonización, definida y sintetizada por el señor Cordero Torres diciendo que la colonización es una misión asistencial y capacitadora de carácter colectivo (principalmente social, política, económica y cultural) producida por el ejercicio de un Estado u otra personalidad internacional de actos de población, civilización y valoración en otro país diferente, generalmente alejado e inferior (esté o no habitado por elementos autóctonos) que le está sometido transitoriamente de alguna forma bajo la vigilancia de la Humanidad. La aplicación de todos los elementos que entran en el anterior extenso concepto constituye el primer punto de partida de la labor expositiva desarrollada a lo largo de los sucesivos capítulos, después de haber fijado los términos básicos que luego se van manejando, dentro del carácter de ciencia moral y social que es la Política colonial.

En lo teórico, hay una primera distinción entre la colonialidad como concurrencia de las características de los países coloniales y de los factores que deben o pueden producir la colonización, y la colonización *strictu sensu*, nombre reservado para su proclamación y desarro-

llo oficiales. Luego se hace notar que la «Colonización» concebida como disciplina sistemática no es igual que la «Política colonial», aunque ambas se aproximen bastante. También distingue la «Política colonial» de la llamada «Política indígena», aunque en cierto modo la segunda sea una parte de la primera. Y realmente la «Política colonial» acaba por quedar encuadrada en el marco de las ciencias sociales, con perfiles netamente recortados.

Las características, criterios y relaciones de la acción colonial en lo referente a sus elementos integradores, a las clasificaciones de tipología colonial, las causas móviles y utilidades y la legitimidad de los títulos coloniales o las críticas sobre ellos constituyen una primera parte de cuerpo expositivo. Parte donde se articulan las relaciones entre las metrópolis, los colonizadores y los colonizados con los factores espirituales de culturas, religiones y lenguas, los sistemáticos de colonias, de población, explotación, etc., y los motivos de la colonización tanto como las teorías que la justifican o la recusar.

Una segunda parte del mismo cuerpo expositivo se refiere al pasado histórico, los sistemas y métodos que se han ido desarrollando a lo largo de los siglos, el panorama completo de la situación presente y las soluciones postcoloniales en curso de fijación o de transformación. Los orígenes premodernos, el ciclo esencial de la colonización hispánica, la formación de los posteriores imperios coloniales europeos y las colonizaciones extraeuropeas, con las sucesivas sistemáticas de sujeción y segregación, asimilación y asociación, Gobierno indirecto y protectorado, autonomías, tutelas, etc., son las etapas. Luego entre las realidades máximas del momento las de la Mancomunidad británica, la Unión Francesa, las dependencias menores, las estadounidenses, las de los Dominios, las integraciones federativas y asociativas y las colaboraciones postcoloniales.

Por último, en la tercera parte dedicada a la relación entre problemas y soluciones se enumeran los temas de constituciones, administración pública, justicia, poderes locales, burocracias, cuestiones de trabajo y sindicación, emigraciones, propiedad, asistencia, previsión y seguridad, educación e investigación, completándose los cuadros con la producción económica, las comunicaciones, monedas, presupuestos, comercio, y aparte los temas de nacionalidad, ciudadanía, relaciones metropolitano-coloniales, internacionalización y regionalismos.

A lo largo de las tres partes sucesivas los temas referentes al con-

tinente africano ocupan un puesto preferente, no sólo por la especial competencia que sobre ellos ha tenido siempre el señor Cordero Torres, sino porque Africa es precisamente hoy uno de los sectores mundiales en que los procesos evolutivos de lo colonial se muestran de maneras más diversas o apasionantes y complejas.

Africa es también el sector mundial en el cual se encuentran las dependencias españolas, lo cual es otro motivo que justifica el espacio dedicado a cuestiones de dicho continente, en sus dos sectores distintos (e incluso a veces opuesto): del Africa blanca mediterránea e islámica que se prolonga hacia la India sin dejar de ser un poco europeo meridional y el Africa negra encerrada en sus problemas propios netamente coloniales. En uno y otro sector los territorios españoles o protegidos del pueblo maghrebí y los hispanos de Guinea tropical hacen acto de presencia en todos y en cada uno de los principales apartados del libro, con datos concretos que apuran con frecuencia sus valores documentales, como, por ejemplo, todo lo que se refiere a organización políticoadministrativa de los diversos sitios de soberanía o protectorado y los planes de revalorización económica efectuados en Marruecos.

Refiriéndose luego a los medios que rodea a las distintas, pequeñas y esparcidas posesiones o zonas de actuación españolas, sobre el mismo caso marroquí hay una ambientación exterior completa con los datos referentes a las zonas tangerina, de protectorado francés. Argelia y Túnez, que constituyen el pequeño mundo del Maghreb, sin olvidar sus enlaces con todo el resto oriental del arabismo. En cuanto al significado del trozo guineano español resulta más completo comparándolo con las numerosas referencias a posesiones portuguesas, francesas e inglesas del área guineana general.

También en lo espiritual la acción española actual en sus posesiones y zonas de acción queda completamente ambientada dentro de lo colonial en general con características propias, mostrando el enlace y la continuidad de muchos aspectos de la labor actual con la que en otros siglos fué desarrollada por las colonizaciones e irradiaciones ibéricas en América y Oceanía. Y el sentido de todo esto ha podido ser más precisamente encontrado y presentado porque las opiniones y definiciones del autor de este libro arrancan y están en la trayectoria de la escuela hispánica que desde Vitoria a Labra viene proclamando la primacía de los objetivos espirituales y altruistas en toda misión tute-

lar, sin descuidar por ello su aspecto material siempre tan importante y complementario del anterior.

En resumen, la obra del señor Cordero Torres cubre y llena necesidades de varios sectores del pensamiento, pues si para los estudiosos de lengua española, carentes hasta ahora de un texto sobre la materia, ofrece un repertorio informativo que guarda equilibrio entre el manual elemental y el tratado voluminoso, para los lectores del extranjero (entre los cuales hay muchos deseos de conocer un texto español sobre los problemas coloniales contemporáneos) tiene la ventaja de proporcionarles datos coordinados sobre los criterios y realizaciones efectuadas en Africa española al lado de los registrados en las demás dependencias. Y es muy característico el hecho de que todo esto se haya efectuado en el momento en que lo colonial se encuentra en la mayor encrucijada histórica. Por lo cual, a todos los méritos de exposición y doctrina que juntan lo técnico y lo claramente positivo, une el tratado del señor Cordero Torres la feliz circunstancia de la oportunidad.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ANGEL DOMENECH LAFUENTE: *Cuentos de Ifni*. Editora Marroquí. Tetuán, 1953.

Llegar hasta la hondura del alma de un pueblo de tan humilde cultura que carece de testimonios fijados por la escritura, no es exactamente tarea que corresponde al erudito investigador pertrechado de elementos sacados del arsenal de la ciencia. Por ello nos permitimos disentir del parecer del teniente coronel Domenech Lafuente cuando dice en la «justificación» de su reciente obra *Cuentos de Ifni*: «Conocer lo que piensa, hace y siente el «baamrani» precisa de un estudio sistemático, metódico, comparativo y científico». La realidad humana al ser sencilla, casi elemental, fluye y se escapa de esas redes tendidas según normas científicas o de razón. En cambio, es intuída y comprendida por el amor del que Ganiwet apuntaba agudamente que no es ciego, siendo únicamente la indiferencia —objetividad o razón— la ciega. Este es el motivo por el que celebramos que estos cuentos recogidos directamente en fuentes «baamranis», primeros por consignar en la bibliografía africana española, nos sean presentados no

por un sabio de biblioteca y gabinete, de corazón más o menos ajeno al problema estudiado, sino por un hombre cuya vida ha sido consagrada a vivir Africa y que siente con devoradora y depurada pasión el amor a sus tierras y a sus hombres, cual es el teniente coronel Domenech Lafuente, ello sin mengua de un auténtico saber, derivado en primer término de un conocimiento total de la realidad observada.

Este saber, que no tiene la sequedad del puro ejercicio intelectual, sino calor de humanidad, pese a la manifestación de modestia del autor de *Cuentos de Ifni*, se revela particularmente en las páginas que preceden los cuentos propiamente dichos, las leyendas hagiográficas y los poemas que constituyen el sujeto de este libro, primer puente literario tendido entre España y «la benjamina de las provincias españolas». En efecto, estas páginas que su autor no titula, pero que podrían llamarse «Introducción al medio ambiente *baamrani*» son una muy acertada medida de orientación para llevar al lector a una comprensión de los habitantes de Ifni. No nos referimos aquí estrictamente al lector medio cuyas nociones geográficas e históricas tórnense vaguedades en cuanto se rebasa el marco de lo nacional, sino incluso a aquellos que por vocación o dedicación profesional tienen un conocimiento menos superficial de los «baamranis», pese a lo cual muy pocos saben con la precisión de pensamiento que caracteriza al teniente coronel Domenech Lafuente qué es geográficamente «la región del Sur», cuál ha sido la trayectoria histórica del «pueblo berberí», cuál «su habla vivaz y perdurable» y en particular cuál es su «literatura oral», estrictamente oral, salvo algún texto recogido con caracteres árabes o latinos que subraya el hecho de que los dialectos berberíes carecen de una literatura escrita.

La literatura oral, en particular, es objeto de unas páginas en que con excelente claridad expositiva, amenidad y espíritu de síntesis, el teniente coronel Domenech Lafuente nos brinda lo que no vacilamos en calificar de logrado ensayo sobre el tema. Los especialistas podrán profundizar en tal o cual aspecto de las formas literarias en uso entre bereberes, descubrir analogías o influencias, pero lo que ponemos en duda es que consiga ser superado el acierto de no haber considerado esa literatura, que es pura palpitación humana, como algo que puede ser desprendido y aislado del cuadro circundante, de las costumbres, las creencias y las condiciones de vida del «baamrani». Y como aspecto de un todo ha estudiado el teniente coronel Domenech

Lafuente esa copiosa producción literaria que sólo conserva la memoria y que muchas veces se pierde, en particular en el orden poético. por estar meramente vinculada a un hecho episódico. Es éste, a nuestro juicio, el gran acierto y el gran mérito de *Cuentos de Ifni*. Por ello nos congratulamos de que el teniente coronel Domenech Lafuente se haya dedicado a la ardua empresa de recoger, seleccionar y ordenar las manifestaciones literarias «baamranis» sin esgrimir el título de «especialista» en tal o cual rama del saber, sino sencillamente el del hombre culto, encariñado con el mundo en que ha vivido intensamente, de espíritu y corazón ampliamente abiertos a las realidades humanas —costumbristas, folklóricas, psicológicas, literarias, etc.— que sólo se comprenden y adquieren su pleno valor al centrarse todo ello en el hombre «baamrani», al que el autor de *Cuentos de Ifni* ha consagrado años de una vida entregada al mejor servicio de España en Africa.

Así los cuentos de animales, si bien no originales en su fondo, pues cabe preguntarse «si tendrán el mismo origen cuantos se relatan en los países del Mediterráneo», nos permiten adentrarnos en la psicología del «baamrani» y comprender cuál es su conciencia social y concepto moral, una moral acaso carente de sublimidad, pero ceñida a la experiencia práctica de la vida. Esta experiencia se torna realismo al describir los cuadros en que se desarrolla la acción y los actores de la misma, en que el zorro y el lobo son sustituidos por el chacal y el erizo, en tanto que a cada animal corresponde un carácter o rasgo de carácter copiado de la concepción que el «baamrani» tiene de cómo son o deben ser los humanos.

Más aún que los de animales, los cuentos graciosos reflejan las influencias exteriores y en ellos solemos encontrarnos con un personaje, mezcla de ingenuidad y astucia, que es bien conocido en Marruecos con diversos nombres. En Ait Ba Aamran es llamado Yuhha o Ahmad Lahran. Trátase sobre todo en este caso de cuentos relatados en reuniones de hombres. Ello explica, como nos dice el autor de *Cuentos de Ifni*, que el tema fundamental sea generalmente escabroso, aunque a través del hecho episódico se nos precisen cuáles son las relaciones familiares y sociales de los «baamranis».

Los cuentos orientales o maravillosos recogidos en la obra del teniente coronel Domenech Lafuente, a nuestro juicio no tienen más valor que el de darnos a conocer otro aspecto de la literatura «baa-

mrani», pues aparte de que el tema no es original, el relato pierde la belleza y frondosidad verbal de los cuentos árabes al ser vertido a un idioma de más pobre vocabulario, cual el de los «baamranis», como señala el autor de la obra reseñada.

En realidad donde nos enfrentamos con la literatura berberí original es en las leyendas hagiográficas y en la poesía. Nacidas las primeras en ocasión de visitas a morabitos o zauias, el motivo espiritual que las originó no impide que al pasar de boca en boca de estos «baamranis» de ruda sensibilidad y áspero realismo se tornaran los santos tan humanos, en el sentido peyorativo de la palabra, que acaban por aparecer como meros poseedores del secreto de las fuerzas mágicas y en modo alguno como señaladores de un camino de perfección moral. Pero a nuestro juicio el máximo interés de la literatura berberí reside en la poesía, de la que el teniente coronel Domenech Lafuente hace un estudio sumamente interesante en que se explican los diversos géneros poéticos en uso y las circunstancias en que son usados (*amarg* o canto lírico; *lekessit* o narración; *ahuaich* o versos cantados por coros opuestos de hombres y mujeres, etc.). La naturaleza, el fusil, la guerra, la libertad, el té, con menos frecuencia el amor, he aquí los temas principales de esa poesía que basa «el ritmo en una entonación provocada por las sílabas largas o breves, prescindiendo de toda asonancia». Como representante destacado de la poesía «baamrani» cita el autor de *Cuentos de Ifni* a Sid Ibrahim ben El Hosain del que publica su «Canción del té» y a continuación el texto *tachelhit*. Señalamos asimismo el hermoso y rudo poema de «Los cincuenta y un jóvenes», completado por la leyenda del mismo título, sin olvidar la originalidad, espontaneidad y fuerza viril de ciertas «Canciones varias» cuyos textos *tachelhit*, como el de las demás poesías, cuentos y leyendas han sido facilitados por naturales del país al teniente coronel Domenech Lafuente, que los ha recogido con una paciencia sólo digna de ser comparada con su habilidad para conservar en la versión española el tono de áspera rudeza del texto original.

Este pasar por los diversos aspectos de la literatura oral «baamrani» nos permite mostrar hasta qué punto se desprende una evidencia y una lección de estas páginas de aparente exotismo: que más allá de la accidental diferencia está siempre presente el hombre esencial. Por ello la suprema tarea de las naciones protectoras es actuar en función de una unidad humana que ha de cimentar el amor.

Tal ha sido, evidentemente, el pensamiento dominante de las actuaciones del teniente coronel Domenech Lafuente, ex Delegado de Asuntos Indígenas de la zona jalifiana de Marruecos y ex Secretario general del Gobierno del A. O. E., cuya estancia en ambos territorios ha sido señalada por la publicación de obras de positivo interés, en particular por lo original de las fuentes de información utilizadas y por el ejemplo de laboriosidad inteligente y sentido de responsabilidad consciente a brindar a cuantos cumplen una misión encomendada por España en tierras africanas.

C. M. E.

JEAN-BAPTISTE BELOT: *Dictionnaire français arabe*. Refondu sous la direction du P. Nakhla. S. J. Imprimerie Catholique. Beyrouth, 1953; 745 págs.

Es evidente el hecho de que no se pueden comprender bien ni exactamente los hechos políticos, sociales y culturales que determinan la actual rápida transformación y evolución de los países de lengua árabe, sin tener en cuenta el proceso del despertar del arabismo que bajo el nombre de «nahda» (renacer, renacimiento) sacudió a dichos países durante la segunda mitad del pasado siglo y el primer cuarto del siglo corriente. Es evidente también que el factor esencial de la «nahda» consistió en comenzar por salvar el tesoro del contenido del idioma arábigo clásico, para conseguir en una segunda etapa que este idioma preservado y dotado de nueva modernidad fuese una lengua de uso tan corriente como el francés o el inglés. En ambos empeños ha sido fundamental y continúa la aportación de la labor realizada por los jesuitas desde el centro de irradiación que ellos crearon en Beirut entre 1831 y 1851.

Dicha labor se ha ejercido hasta hoy en tres sentidos paralelos aunque diferentes. Han sido el de la acción religiosa católica, el de la enseñanza universitaria y el de la impulsión cultural arabizante. Respecto al primero, siempre se ha notado tanto la discreción en el proselitismo como el sentido evangélico de comprensión, por lo cual los jesuitas se han ganado allí la consideración de los intelectuales de todas las religiones, especialmente los musulmanes. Respecto al segundo, siempre se recuerdan las actividades de la Universidad de San

José que funciona con tal carácter desde 1881 y en la cual se ha formado gran parte de las «élites» dirigentes de todo Levante o próximo Oriente. En cuanto a la impulsión cultural arabizante, el Instituto de Letras Orientales y la Biblioteca Orientalista especial, con decenas y decenas de millares de volúmenes valiosos, constituyen un timbre de gloria no sólo para los jesuítas de Beirut, sino para toda la vida intelectual arábica moderna.

Los religiosos de la Compañía de Jesús de origen belga, francés e irlandés, o de origen siriolibanes y del mundo arábigo en general, tomaron parte desde el primer momento en todo el esfuerzo renovador del árabe, tanto desarrollando la enseñanza en él y publicando textos para este uso, como haciendo gramáticas y diccionarios, e investigando cuestiones de lengua, literatura, etc., desde sus dos revistas *Al Máchriq* y *Al Bachir*. Habiendo destacado entre los nombres llegados de fuera los de los PP. Belot, Lammens, Hartigan, Bouyges, y entre los nombres orientales los de los PP. Eddeh, Cheijo, Salhaní, Chartun y Harfuch. E incluso fué uno de ellos, o sea el P. Cheijo, el primero que en 1922 propuso la creación de la Academia de la Lengua Árabe que años después debería fundarse en El Cairo.

Entre todos esos nombres el más célebre y divulgado ha sido, es, y parece que seguirá siendo, el de Juan Bautista Belot, nacido en 1882 y muerto en 1904. Celebridad debida a sus libros para el aprendizaje del idioma árabe, utilizando como instrumento el idioma francés. No sólo en Francia, en Bélgica y en las escuelas de Oriente que utilizan como primer instrumento el francés, sino entre los estudiantes de España, de Italia, de Hispanoamérica y de todos los sitios en que queriendo acceder al árabe no se disponía de libros análogos al del P. Belot. Así el nombre de «Belot» es desde hace tres cuartos de siglo familiar para todos los que manejan textos árabes, sobre todo por sus dos diccionarios que se ven con frecuencia como instrumentos de consulta frecuente sobre las mesas, incluso de personas que tienen el árabe como lengua materna. Uno de ellos es el vocabulario árabe-francés que desde 1883 ha tenido dieciséis ediciones. Otro, el Diccionario francés-árabe, con diecinueve ediciones. Además de los dos abreviados correspondientes para uso de estudiantes y de la Gramática que es la única en equilibrio entre el sistema gramatical tradicional árabe y el sistema de los gramáticos europeos.

Resulta, sin embargo, que hoy la lengua completa su evolución

y se muestra hirviente de vida, ansiosa de expansión. Quienes la hablan quieren conservarla intangible en el fondo clásico, fiel a sus grandes escritores medievales, a la vez que exprese en sus palabras todas las actividades del siglo veinte cristiano y catorce musulmán. Igualmente se tratar de adaptar, en un empeño no siempre fácil, las palabras nuevas que fabrica y lanza la Prensa y las del sentimiento lingüístico de los escritores genuinos que quieren ser a la vez hombres de su tiempo y fieles depositarios de la tradición. También hay que adoptar normas para reservar al diccionario corriente tal o cual vocablo, y otros a un diccionario histórico en el cual sean testigos de la evolución de la lengua. Todos estos problemas deben tenerse en cuenta para hacer un diccionario verdaderamente moderno y completo en su orientación. Tomando como base el antiguo Diccionario francés-árabe de Belot, el P. Rafael Najla ha hecho una obra más extensa que resulta completamente nueva, pues durante varios años él ha revisado palabra por palabra, suprimiendo las locuciones en desuso o que sólo tuvieron usos limitados y dialectales, además de introducir millares de vocablos de política, economía política, medicina, ciencias naturales. derecho, etc.

El primer efecto de todo este trabajo de revisión es el de que el diccionario renovado resulte el más completo en cuanto al número y el contenido de los vocablos. Pero, además, éstos no permanecen quietos, sino que con frecuencia se ve también el modo de aplicación, mediante los ejemplos, que contiene una abundante fraseología intercalada entre las explicaciones de los significados. Sin olvidar tampoco lo denso de la impresión en papel fino a tres columnas y con letras muy claras, a pesar de la densidad.

Así la labor del P. Najla no sólo permite a los estudiosos del árabe seguir utilizando su medio de consulta más célebre, con arreglo a las necesidades más recientes, sino que pone al lector en el centro de la ebullición del arabismo de ahora en relación con las cuestiones para él más trascendentes, que son las relacionadas con el reforzamiento de su idioma, puesto que dicho idioma es el pedestal sobre el cual han de sostenerse todas las transformaciones del mundo árabe entero.

JALIL AL AMAWI

CHARLES-ANDRÉ JULIEN: *L'Afrique du Nord en marche*, Julliard, 30 rue de l'Université, París, 1953; 414 págs.

Si según se ha definido es efectivamente la verdad —política o de otra índole— una síntesis de los aspectos fragmentarios y a veces contradictorios de aquélla, no vacilamos en afirmar que la reciente obra del conocido historiador y profesor de la Sorbonne Charles-André Julien representa una de las visiones menos fragmentarias y más coherentes de la verdad de lo que acaece en el Africa del Norte francesa. Sin embargo, no llegamos a decir que *L'Afrique du Nord en marche* es una síntesis que equivale a la verdad absoluta, aunque un ardiente y sincero deseo de apresarla domine todas las páginas de la obra. Pero la insoslayable limitación humana, el hecho de que el autor opera con factores vivos y en plena evolución que le obligan a tomar posición bien definida, y, finalmente, la preocupación de estar de acuerdo con los dictados de su conciencia imponen un cierto subjetivismo a *L'Afrique du Nord en marche*. Hacemos constar que personalmente compartimos los juicios y puntos de vista de M. Charles-André Julien, lo cual por cierto dificulta la tarea crítica; pero haciendo un esfuerzo para objetivar la opinión que nos merece esta obra de enorme importancia, señalaremos que se le reprochará al autor que su deseo de comprender los nacionalismos musulmanes y buscar el medio práctico de encauzarlos le haya llevado a no detenerse excesivamente ante las «realizaciones» de Francia en sus territorios, realizaciones de las que saca argumentos el país vecino para mantener contra viento y marea tesis que hieren el sentido de la justicia. Ciertamente es que al situar el problema en un plano superior de preocupación moral e intelectual —como lo hace M. Charles-André Julien— las cifras y los datos concretos que multiplica un cierto sector francés pierden el valor absoluto que se pretende asignarles, aunque no dejen de formar parte de esa verdad en favor de la cual rompe una lanza, con la maestría que era de esperar, el autor de la única gran historia del Africa del Norte publicada hasta la fecha.

Fiel a su vocación de historiador, M. Charles-André Julien nos brinda en la introducción de su obra, dedicada al Islam magrebí y al Panarabismo, una magnífica síntesis histórica del Africa del Norte en la que destaca determinadas constantes, cual es «la xenofobia,

forma elemental del nacionalismo que precede y provoca el impulso religioso», así como un estudio del movimiento iniciado en el siglo XIX en pro de la unidad de la raza árabe y su renacimiento. A Chekib Arslan corresponde la tarea de haber incorporado el Norte de Africa al mundo árabe, despertando en él la conciencia de una arabidad que si antropológicamente «es una herejía» es hoy una realidad asentada en el hecho de la identidad de creencias y de idioma. Por lo demás, ese movimiento ampliamente unificador adopta soterráneamente en el Norte de Africa la forma de un ideal panmagrebí, del que se señalan diversas manifestaciones, si bien las distintas condiciones políticas impuestas a los territorios norteafricanos prestan una apariencia de utopía a un propósito viable en opinión de M. Charles-André Julien, que cita los antecedentes del *aguellid* Masinisa (siglo II a. J. C.) y el de la dinastía sanhaya, en el siglo IX, como intentos frustrados de ese proyecto, llegando a la conclusión de que en el Norte de Africa «nacionalismo, panmagrebismo y panarabismo se superponen sin contradecirse, sino articulándose de modo diferente, según los países y los momentos».

Partiendo de la base de una voluntad homogénea de independencia en el Norte de Africa y de las reacciones «en orden disperso» de la metrópoli, «en razón de la complejidad de las instituciones norteafricanas», en el capítulo titulado «Los factores del problema», M. Charles-André Julien traza magistralmente el cuadro jurídico, institucional, político, social y económico de los tres territorios estudiados sucesivamente, ello desde el principio de la presencia francesa hasta el nacimiento de los primeros atisbos de deseo de autonomía que el tiempo y los acontecimientos irán convirtiendo en unos nacionalismos cuyas incidencias, características y desarrollo serán objeto de particular atención.

Fundamentada en la ocupación militar de 1830, la presencia francesa en Argelia se caracteriza por las vacilaciones para aplicar la doctrina asimilacionista que ha sido constantemente rechazada con horror por el poderoso sector de los colonos «que no obedece a doctrinas, sino a intereses» y que se ha resistido airadamente a todo intento de igualar los derechos de los musulmanes argelinos con los suyos propios, salvo en lo que respecta al derecho a tomar parte en la defensa de Francia en guerra. El incesante boicotear o frenar las iniciativas de determinados gobernantes (en particular el Proyecto Blum-

Violette) ha dado por resultado práctico que las medidas destinadas a convertir Argelia en una auténtica prolongación espiritual y política de Francia se han quedado siempre a la zaga de la realidad en constante evolución, «en marcha», hacia un nacionalismo cerrado e intransigente, cuyas raíces y motivaciones M. Charles-André Julien detalla con toda precisión, encadenando causas y efectos con una lógica que calificamos de matemática.

En Túnez y Marruecos otra parece la situación «dominada por el problema del funcionamiento del Protectorado». El Protectorado tunecino, derivado de la Convención de La Marsa de 1883, fué el primer ensayo de una fórmula aplicada con vistas a la anexión, siendo el de Marruecos una ampliación corregida de este régimen. En ambos territorios se conservaron las dinastías reinantes, si bien «éstas han perdido la realidad del poder» y en ambos territorios se fué ejerciendo con auge creciente el método de la administración directa, entre otras semejanzas o divergencias minuciosamente expuestas por el autor de *L'Afrique du Nord en marche*. La contradicción del poder ficticiamente en manos del Bey o del Sultán entraña una serie de consecuencias políticoadministrativas en razón de las interpretaciones dadas por los juristas franceses a nociones de derecho público que carecen de significación en esos países. Así, por este camino de interpretación unilateral de los tratados suscritos, se ha llegado a la aberración de la tesis de la cosoberanía sustentada en Túnez y a la idea de que siendo Marruecos actual la obra de Francia hay que admitir «que pertenece a Francia, al menos en parte», idea esta que ha dominado la acción de Francia en los recientes acontecimientos de Marruecos. Estas son las líneas esenciales del planteamiento de un problema falseado por el país vecino bajo la presión de los grandes intereses existentes en esos territorios. M. Charles-André Julien los señala con implacable exactitud, mostrando la amplitud de una intervención que convierte esos territorios en feudos de los colonos, los altos cargos de la administración y las finanzas.

El nacionalismo norteafricano propiamente dicho ocupa preferentemente, como es lógico, la atención de M. Charles-André Julien que estudia por separado y seguidamente la génesis del nacionalismo en Túnez, Argelia y Marruecos, ello en sus aspectos episódicos y doctrinales. En la imposibilidad de entrar en el detalle de estas enjundiosas páginas, nos limitamos a destacar la magnífica libertad de espíritu

de M. Charles-André Julien que, por encima de bandos y banderías políticas y con el solo propósito de encararse con un problema que preocupa su conciencia humana, considera, expone y razona los elementos de toda índole, las acciones y reacciones que han influido y en cierto modo determinado inexorablemente unos movimientos cuyo común denominador es el deseo de la independencia, aunque cada cual presenta características propias, señaladas con precisión. Por lo demás, con justiciera severidad critica razonadamente la actitud de cerrado egoísmo del sector preponderante (colonos, altos funcionarios, financieros, etc.) que ante todo intento de reforma justa y beneficiosa a la postre para Francia en esos territorios, confunden sus intereses tabú con los de la metrópoli, llegando a sembrar la confusión en la mente de los sucesivos gobernantes.

El capítulo final, que expone las conclusiones de M. Charles-André Julien, se titula de modo significativo «La política de las ocasiones perdidas». Es, a nuestro juicio, el digno remate de una obra única en la actual bibliografía norteafricana francesa. Con pluma simultáneamente irónica, incisiva, fuerte y humorística, M. Charles-André Julien diseña el cuadro de las causas y los efectos de la postura francesa frente a la política norteafricana o colonial, que es de inmovilismo efectivo en defensa de intereses particulares. Pero la insoslayable realidad impone al autor de *L'Afrique du Nord en marche* las siguientes afirmaciones: la Unión Francesa es un mito en Argelia y en todo el Norte de Africa en tanto que la metrópoli se ve rebasada por acontecimientos que no puede encauzar con los viejos métodos; si desde un punto de vista jurídico todo permanece incambiado son muchos los factores internos y externos que llevan los países del Magreb a desprenderse de Francia; después de las sesiones de diciembre de 1952 en la O. N. U. la política francesa en los protectorados ha cesado de ser autónoma. En el aspecto constructivo, M. Charles-André Julien señala la necesidad de restaurar un organismo de información y estudio afecto a la Presidencia del Consejo, «sola autoridad indiscutible del ejecutivo», con vistas a unificar en un sentido preciso la acción dispersa del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Interior en materia de política norteafricana. Después de estudiar extremos concretos, cual la organización de la Unión Francesa, este organismo procedería a la revisión de los tratados de Protectorado con Túnez y Marruecos por iniciativa de Francia, que en compen-

sación de sus derechos renunciados solicitaría la entrada de estos países en la Unión Francesa en calidad de Estados Asociados que «dirigen democráticamente sus asuntos propios». «Estos proyectos parecen ahora una abdicación de la soberanía francesa —indica el autor de la obra reseñada—, un abandono de los colonos y un triunfo de los nacionalismos. De hecho es exactamente lo contrario, porque los valores reales a que debe apegarse Francia —militares, económicos e intelectuales— podrían ser eficazmente salvaguardados».

En definitiva, el pensamiento de M. Charles-André Julien es anticiparse a los acontecimientos que impone el horizonte político, cual es la independencia del Norte de Africa, para preservar la esencia de Francia en esos territorios independientemente de los intereses más o menos legítimos de un sector que gravita sobre la acción del país vecino. Sin embargo, al pretender llevar a la práctica ese proyecto fundamentado en la razón y en la justicia, es de suponer que tropezaría con una realidad que M. Charles-André Julien ha observado agudamente, a saber: que «demócrata, incluso revolucionario en casa, el francés se torna conservador y tradicionalista en presencia de los indígenas», verdad esta que es tan válida para los individuos como para los grupos políticos.

La indicación de los puntos principales de esta obra tan valiosa por el fondo como por la forma, que suscita y suscitará apasionadas polémicas, alabanzas y agrias críticas, permitirá al lector percatarse plenamente de que no hay interesado en el problema del nacionalismo norteafricano que no lea con provecho e interés *L'Afrique du Nord en marche*, acudiendo a esta obra tan original por la independencia de sus juicios como sencilla por sus razonamientos, rigurosamente lógicos, para aclarar o puntualizar cualquier extremo relativo al Magreb de nuestros tiempos.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

NOTICIA DE LIBROS

